

Colette

# Dúo

Prólogo de Milena Busquets

Traducción de E. Piñas



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*

Duo

Ferenczi & fils

París, 1934

*Traducción autorizada por Plaza & Janés S. A.*

*Ilustración:* Annie Retivat

*Primera edición: 1983*

*Segunda edición: febrero 2016*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Del prólogo, Milena Busquets, 2016

© Renaud de Jouvenel

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1983

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3026-5

Depósito Legal: B. 1120-2016

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23

08213 Polinyà

Abrió la puerta bruscamente, y permaneció un momento de pie en el umbral. Luego suspiró: «¡Oh, qué fastidio!», se echó a tuestas en el diván y se abandonó al baño de la fresca sombra. Pero prefirió las repriminaciones al descanso, y se incorporó con un movimiento rápido.

—¡No me ha ahorrado nada! Chevestre me ha llevado por todas partes, mira mis zapatos... Y el establo que se está derrumbando sobre los bueyes, y los mimbrerales inundados, y el ribereño de enfrente, que pesca con dinamita... He tenido que, óyeme bien, he tenido que...

Se interrumpió.

—Estás muy bonita aquí. Esto merece que se tome en consideración, evidentemente...

Su mujer había colocado el escritorio, viejo y carente de belleza, en el profundo vano de la ventana, bajo la luz de mediodía brillante de polvo. Ante ella, un ramito de orquídeas púrpura en un florero de grueso

cristal, lleno de agua, testimoniaba que Alice había ascendido desde los prados más húmedos, alfombrados de raíces de alisos y mimbres. Bajo su mano, una carpeta de cuero repetía el color de las flores, y su reflejo, al alcanzar el rostro de Alice, turbaba el gris verdoso de sus pupilas, que Michel comparaba a la hoja de los sauces.

Ella escuchaba a su marido con complacencia, pero sólo le contestaba con una sonrisa soñolienta. Él experimentaba un inagotable placer al constatar que los ojos de Alice y su boca, dilatados por la sonrisa, se tornaban casi iguales, de forma muy semejante.

—Aquí tienes los cabellos llenos de hilos rojos —dijo Michel—. En París son negros.

—Y blancos —repuso Alice—. Diez, veinte cabellos blancos, aquí encima...

Ofrecía su frente a la luz, y mentía con coquetería, orgullosa de sus treinta y seis años, juveniles, despreocupados, y de su carne ligera. Observó que Michel se levantaba con intención de acercársele.

—¡No, Michel! ¡Tus zapatos! ¡Ten compasión del entarimado, que han encerado esta mañana! ¡Ese barro rojo!

El sonido de su voz contenía siempre a Michel. Incluso dormida y un poco quejumbrosa, sabía protestar suavemente, en el mismo tono, ante lo peor y lo mejor. Michel separó las piernas formando una V y tan sólo apoyó los tacones, con el mayor cuidado, sobre el entarimado de largas tablas gastadas.

—Este barro rojo, querida, es de las orillas del río. El héroe que te está hablando ha salido de aquí a buen

paso a eso de las nueve, no se ha sentado desde entonces, excepto para tomar un sorbo de vino blanco, ¡y qué vino! Un vino blanco verdoso y asesino, un producto para quitar el cardenillo al cobre, para afilar cuchillos...

Se levantó con cierto esfuerzo y apoyó una mano en la cadera:

–Querida, es el precio de nuestras vacaciones... ¿Seremos todavía en 1933 los señores de aquí? Este Chevestre... tiene cara de comprador... Mientras que yo... ¿Durante cuánto tiempo tendré aún cara de propietario?

Caminaba de un lado a otro, dejando marcada con arcilla seca las huellas de sus pasos, pero Alice ya no pensaba en el entarimado.

–¡Tú estás bien como estás! –dijo Alice cuando su marido pasó ante el escritorio.

Alice no le tenía acostumbrado a tales vivacidades, y él se detuvo para sonreírle.

–¿Tan mal están las cosas, Michel?

Ante todo, Michel percibió en la voz suplicante de Alice la necesidad que sentía de ser tranquilizada, y la tranquilizó:

–Tan mal no, hija mía. No están peor que en otras partes. Pero ¿qué quieres? Los tejados ya cumplieron con su deber, la granja funciona con medios de hace cincuenta años... Chevestre roba normalmente, creo... Habrá que elegir, consagrar nuestro dinero, todo lo que proporciona la sala del Petit-Casino, a rejuvenecer, a consolidar Cransac. Cuando pienso que no hace más que tres años una película duraba cinco

meses, y que montábamos un espectáculo arrevistado todos los inviernos en provincias con los restos del vestuario de Jeanne Rasimi. Cuando pienso...

Alice le detuvo de nuevo tendiendo su mano con los dedos juntos:

–No, no pienses más. Precisamente es en eso en lo que no hay que pensar. Los mimbrerales...

–Resquebrajados. No se sacará de ellos ni tres mil francos.

–Pero ¿por qué se han resquebrajado?

Michel la miró desde lo alto, como le gustaba hacerlo cuando ella estaba sentada y él de pie, con competente conmiseración.

–¿Por qué? ¡Hija mía! ¿No sabes nada?

–No. ¿Y tú?

Michel rió entre dientes.

–Yo tampoco. No sé nada de todas sus artimañas. Chevestre dice que es debido al calor. Pero Maurice, el aparcerero, afirma que si Chevestre hubiera podado a fondo hace dos años... Aparte de que el terreno es demasiado compacto para el mimbre... Imagínate, yo metido en todo eso...

Levantó la mano, el dedo meñique en el aire como en un juego infantil. Luego dejó de reír, de hablar, se colocó frente a la puerta ventana. Un alud primaveral de hojas nuevas, de serpollos sin cortar, de largos retoños de rosales enrojecidos por la apoplejía de la savia, aproximaba a la casa los macizos descuidados. Bajo los álamos, el oro, el cobre de las hojas nuevas usurpaban aún el lugar del verde. Un manzano silvestre, de pétalos blancos forrados de vivo car-

mín, había vencido al árbol de Judea un tanto enclenque, y las jeringuillas, para escapar de la sombra mortal de las aucubas barnizadas, tendían a través de las largas hojas exigentes, manchadas como serpientes, sus frágiles ramos, sus estrellas de un blanco de mantequilla.

Michel midió con la mirada la alameda empequeñecida, el avance de los macizos que ya no se cortaban, la mezcla de los aromas.

–Se pelean –dijo a media voz–. Si se les mira demasiado, esto deja de ser alegre...

–¿El qué?

Alice, medio vuelta en su asiento, comparaba a Michel con el Michel del año anterior. «Ni mejor ni peor...» En pie, ambos eran de la misma estatura, pero ella parecía ser muy alta y él un poco bajo. Él, más que ella, hacía uso de una seducción totalmente física, de una juventud en los gestos que provenía de dos o tres oficios que había ejercido y en los que es preciso gustar a mujeres y a hombres. Al hablar enseñaba sus cuidados dientes, sus ojos color tabaco. Para ocultar la parte inferior, algo distendida, de su mentón, lucía desde hacía poco un pequeño barboquejo de barba a la española, fina y rizada, muy corta y como pintada sobre la piel hasta las orejas, que le hacía parecerse –baja frente de redondos rizos, nariz poco prominente y la boca bien dibujada– a muchas hermosas cabezas antiguas.

Alice garabateaba sobre la mesa y miraba a hurtadillas a su marido. Temía, sobre todo, que él le confiara de una sola vez demasiados motivos de preo-

cupación. El buen tiempo, una hormigueante y dulce fatiga corporal la hacían sentirse sin energías, ávida tan sólo de ignorar que, con cada tormenta, el tejado perdía algunas tejas, doradas por el liquen, que en el establo se tapaban con paja los agujeros de las paredes en lugar de ir a buscar al albañil. En París, al menos, no pensaba...

—¿Y luego? —preguntó sin querer.

Michel se estremeció, masculló como un hombre al que se despierta o que desea tomarse tiempo:

—¿Cómo? ¿Y luego? Pues nada. Ya sabes que Chevestre sólo me habla de cosas fastidiosas. Tres horas de estupideces al llegar, tres horas de estupideces la víspera de la partida, una o dos complicaciones durante nuestra estancia; éste es el precio al que yo pago nuestras vacaciones de Pascua. ¿Es caro o no?

Pasó detrás de su mujer, se apoyó en el marco carcomido de la ventana y aspiró el aroma de su país natal. La tierra violácea y blanda, la hierba ya alta, la catalpa en flor por encima del espino rojo, la lluvia de eglantinas sobre el dintel de la puerta ventana, las jeringuillas que el calor apresuraba, los citisos como largos pendientes amarillos... No hubiera querido perder nada de esos bienes llenos de lozanía, abandonados y viejos. Pero lo único que le importaba más allá de toda razón era Alice. A lo lejos, el río invisible y desbordado, todavía frío, humeaba bajo el sol como un rastrojo que se quema.

«Chevestre pagaría un buen precio. El cerdo se muere de ganas. Ha llevado bien su campaña. Ya me previno mi vecino Capdenac: “Cuando tu adminis-



trador calce botas, échalo a la calle, o bien será él quien te eche a ti.»»

Una delgada mano se posó sobre su manga.

–En absoluto –dijo Alice.

Sin levantarse, ella había vuelto a medias su sillón hacia la ventana, hacia la irrupción de la luz, de los zumbidos, de los cacareos de gallinas y cantos de rui-señores. El techo bajo, de oscuras vigas, los sombríos colores de los muebles y del papel floreado sobre un fondo marrón, absorbían la luz y sólo devolvían unas breves reverberaciones sobre la panza de un jarrón, de una jarra de cobre, sobre el bisel de un espejo italiano. Alice vivía en aquel salón biblioteca, pero atrinchera-da entre la puerta ventana y la chimenea, huyendo de las regiones tenebrosas del fondo de la estancia, de las dos enormes estanterías de libros, sin cristales, que to-caban el techo...

–Eres encantadora –dijo Michel brevemente, acariciando la lisa cabeza de su mujer.

Se sentía vulnerable, próximo al enternecimien-to, y trataba de ocultarlo. «¡Estoy desencuadrado! ¡La fatiga y este país! ¡Oh! ¡Este país! ¡Apuesto a que aquí hace más calor que en Niza!»

Como había dirigido «temporadas» de casinos, tenía la costumbre de compararlo todo con Niza, con Montecarlo o con Cannes. Pero ya no se atrevía a de-cirlo en voz alta, por lo menos delante de Alice, que fruncía las cejas y arrugaba su nariz de gato, riñéndole en tono lastimero: «¡Michel, no hagas de corredor de comercio!»

La cabeza redonda se prestaba a su mano hábil.

Michel sabía acariciarla en el buen sentido, siguiendo el peinado inmutable de Alice, que cortaba sus cabellos en espeso flequillo, paralelo a sus cejas horizontales, y no los rizaba. Llevaba vestidos atrevidos, pero una extraña timidez le impedía modificar el arreglo de sus cabellos.

–Basta, Michel, me fatigas.

Michel se inclinó hacia el seductor rostro echado hacia atrás, muy poco maquillado, rebelde a la vejez, hacia los ojos que se cerraban rápidamente tanto bajo la impresión de aburrimiento como del exceso de felicidad.

«Una vez vendido Cransac, me lucirá un poco el pelo. Incluso sin reparaciones, Cransac resulta un peso terrible. Una vez vendido Cransac, me sentiré ligero, me ocuparé del bienestar de Alice... Me deslomaré por ella..., por nosotros dos.»

En sus monólogos interiores empleaba deliberadamente palabras de una jerga romántica, de igual forma que balanceaba inútilmente los hombros, en prueba de lucha por la vida.

–Esta mañana te muestras muy delicada. Anoche, lo fuiste menos...

Alice no protestó, pero de su mirada ya no entregó más que una fina línea de un blanco azulado entre las pestañas ennegrecidas, y la sonrisa de su boca. Michel la acarició con unas palabras brutales, que ella recibió con un estremecimiento de sus pestañas, como si le hubiera salpicado con un ramillete húmedo de agua. Uno y otro se prestaban a aquellos renacimientos de la pasión, regalos del azar, del viaje, de una estación

bruscamente despertada. Cuando llegaron la víspera, bajo una tempestad primaveral, encontraron en Cransac la lluvia, el sol poniente, un arco iris encima del río, las pesadas lilas, la luna que se alzaba en un cielo verde, unos pequeños y brillantes sapos bajo los escalones de la escalinata, y durante la noche oyeron caer, de lo alto del oquedal, los chaparrones retardados y los cantos de los ruiseñores en anchas gotas...

En el momento en que su marido estrechaba contra él la cabeza y el cálido hombro de Alice, y le acariciaba la barbilla con una mano que se olvidaba de ser suave, ella lo apartó, a la vez que le advertía en voz baja:

–¡María está al llegar! ¡Son las doce y media!

–¿Y qué? ¡Que venga! Nos ha sorprendido más de una vez.

–Sí. Pero nunca me ha gustado eso. A ella tampoco. Estírate el jersey. Arréglate los cabellos...

–Bien –concluyó Michel–, adoptemos un aire natural. ¡Atiza, aquí tenemos a la *poli!*

Alice jamás reía cuando su marido bromeaba de forma grosera, empleando palabras previstas. Pero no demostraba la menor impaciencia, habiendo separado todo cuanto él poseía de vulgaridad, deliberadamente acentuada, de su delicadeza secreta. «No me gusta que seas fino –le decía–; sólo eres fino cuando te sientes desgraciado.»

A lo lejos, el entarimado, alabeado en grandes ondas, crujía bajo los pasos de María, que entró empujando la puerta y no mostró más que la mitad de su cuerpo.

—¿Quiere la señora que se dé la primera llamada?

—¿Y yo? ¿Es que no cuento para nada, vieja hormiga? —exclamó en tono de chanza su amo.

La criada se parecía más bien a un caballo, pero al estilo de los saltamontes que tienen cabeza de caballo. Rió, dio las gracias a Michel con un parpadeo de sus resplandecientes ojillos, y cerró la indócil puerta. Alice, puesta de pie, ordenaba sus lápices.

—Cómo procuras halagar a María...

—¿Celosa? —exclamó Michel con su tono más chabacano.

Su esposa no se dignó contestarle. Con la palma de la mano aseguraba el orden de su peinado liso y excéntrico. Sabía que María, la guardiana, no aceptaba otra autoridad, otra seducción que la de Michel. Seca y delgada, a sus cincuenta años María representaba a las mil maravillas el papel de la «nodriza del señor» y sabía juntar las manos suspirando: «¡El que no lo ha visto de mozo, no ha visto nada!» A decir verdad, hacía tan sólo diez años que le servía, y si a veces miraba a Alice como a una igual, era debido a que ambas habían entrado en Cransac el mismo año. Pero Alice hacía justicia a María, que guardaba Cransac manteniendo una honrada e incansable vigilancia, ayudada únicamente por su marido, un hombre que servía para todo, grueso y sin vigor, a quien las doce hectáreas de parque desalentaban.

—¿Nos lavamos las manos? —preguntó Michel.

—Sí, pero en la cocina. Todo está limpio en el cuarto de baño, te prohíbo entrar en él. Hasta he sacado brillo a los metales.